

LOS GATOS QUE BEBÍAN CAFÉ

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA TORRES

IES Menéndez Valdés de Badajoz

Existe un momento exacto en el que sueños y realidad se funden en uno, un instante que dura lo que la conciencia del agraciado con estos dorados segundos tarde en actuar, una tranquila marea que con suave vaivén mece los pensamientos y los lleva a otra dimensión, mientras el cuerpo aún conserva algunas de las funciones que no dejan al individuo caer totalmente sobre el regazo de Morfeo, que se limita a susurrarle su canto de ensueño al oído invitándolo a la paz del espíritu, el perfecto estado de creación de fantasías, frágil y quebradizo; y no en vano, pues tal vez sea uno de los momentos donde la felicidad nos embriaga con mayor intensidad. Flotando en una espuma etérea, las suaves olas transportan la razón a una orilla lejana, alejada de todo mal que pueda enturbiar el clímax de la ordenada anarquía mental. No estamos dormidos, y esta fragilidad hace al sueño incorruptible, negándole la entrada a las pesadillas.

En uno de esos momentos en los que el arrullo del dios del sueño acunaba mis ideas en su seno, mi mente comenzó a divagar hacia lugares remotos e inexplorados en pos de la realidad onírica a la que se aproximaba. No podría decirse que soñé, puesto que en ningún momento crucé la difusa barrera del sueño, por lo que diré simplemente que volé sin necesidad de alas ni libros hacia un mundo fantástico con tintes de real; me trasladaba por un edén vagabundo del que podía salir con una chispa efímera que me hiciera recobrar la lucidez de nuevo, deseoso en mi inconsciencia de que esa chispa no hiciera acto de presencia.

La habitación en la que me encontraba meditando, observando las sombras del infinito, pronto se transformó en un callejón nocturno con niebla como telón de fondo. El único ruido audible era el ronroneo de algún aparato eléctrico perdido cuya vibración llegaba amortiguada a través de la niebla. El callejón, iluminado parcialmente por la luna, perdida entre las nubes, y por un par de farolas solitarias que hacían titilar su tenue luz blanca, estaba decorado con un muro no muy alto al fondo y un par de contenedores abiertos cuyo olor no llegué a imaginar en mi ensoñación, perdiéndose en la oscuridad todo aquel lugar que escapaba de mi campo visual.

Como en un intento de recordatorio de mi actividad en el mundo al que realmente pertenecía mi mente hacía unos instantes, me quedé igualmente estancado en mi

delirio a través de la fina venda de seda transparente de Morfeo, observando fijamente la pared del fondo del callejón, intentando adivinar la textura del ladrillo entre la oscuridad. Solo que, a diferencia de mi estancia en la realidad, esta vez algo interrumpió mi momentáneo lapso de la razón: un brillo del color de las aguas cristalinas de una profunda laguna que refleja un cielo azul despejado que tres veces iluminó mi mirada, pues tres fueron las veces que mis párpados se agitaron, y esos tres fulgores fueron los que me decidieron a dar un paso hacia la negrura. Hechizados, mis ojos captaron un rayo de color crema que había saltado de entre los contenedores y ahora estaba parado en el centro del callejón, expectante.

Cuando mis ojos estabilizaron el movimiento, descubrí que lo que había perturbado la tranquilidad del ambiente no era más que un gato siamés que ahora contribuía a esta calma, totalmente inmóvil, dirigiendo hacia mí esas lagunas relucientes que habían servido de preludeo mental para la realidad dentro de la ficción de su figura. Tras unos segundos de contacto visual, el animal saltó de nuevo a los contenedores, y su silueta se transformó en una elegante sombra desplazándose sinuosamente sobre los inexplicablemente extensos contenedores, alargados por esa deformación propia de los sueños que hace que todo cambie de tamaño en cuanto apartamos la vista. Con una voz clara, vívida, casi etérea, la sombra habló:

«Acércate, extraño, bañado por la luna.
Siente la niebla dulce de cristalinas dudas,
ábrete a estas rémoras solitarias y oscuras,
que rodean este mundo de poesías mudas. »

Es curioso el efecto de los sueños sobre el razonamiento, puesto que me pareció totalmente normal que un gato me estuviera hablando en verso, y tan solo me limité a tratar de descifrar el galimatías que me planteaba.

— Rompamos los límites de la entelequia —Dijo la suave voz del gato, al tiempo que la niebla comenzaba a condensarse a su lado, dando lugar a otra figura tangente de apariencia igualmente felina llegada también desde Siam, pero de mirada viva, gota de rocío sobre una hoja de encina azotada por la suave brisa. El animal que acababa de materializarse ante nosotros comenzó a rodearme velozmente hecho un rayo crema y marrón con chispas verdes, mientras que el otro permanecía imperturbable frente a mí.

— Tú. No pareces de por aquí. Eres nuevo, ¿verdad? —Una voz viva, de tono algo burlón, y con una pronunciación limpia, pero rápida y atropellada se dirigía hacia mí proveniente del gato de ojos color vida—. Ignora a mi amigo, es un aburrido. Se esfuerza tanto en ser solemne que a veces ni él mismo sabe lo que está diciendo. Lo

que me extraña es que aún no haya empezado con los latinajos. Da igual. ¿Qué te trae por aquí?

«No sé... ¿Qué hago aquí?» –Mi voz no perturbó en ningún momento el silencio del callejón. Simplemente lo pensé, consciente por motivos desconocidos de que, de alguna forma, los animales podían entenderme perfectamente.

— Pues si no lo sabes tú... –El gato no dejaba de moverse sin perder en ningún momento la elegancia en sus movimientos, ligeros, pero cortos, rápidos y a la vez seguros como el agua saltando con delicadeza entre las piedras de un arrollo.

— ¿Te importaría dejar de ir ab hoc et ab hac de una vez? –Había un deje de irritación en la celestial voz del otro, que había vuelto al mismo sitio que había ocupado anteriormente, en el centro del callejón.

— ¿Qué te he dicho? Cansino. No puede ser agradable ni cuando hay invitados. Ignóralo. –De igual forma que si estuviera hablando, el nervioso animal se dirigió con sus pasos cortos y rápidos, andando entre palabras directamente hacia su compañero. Cuando estuvieron ambos cara a cara, le lanzó una mirada de enorme expresividad, a la vez de reproche y burla, que se vio reflejada en aquellos ojos azules ahora totalmente estáticos.

Tras un largo instante de vacilación, algo cambió totalmente en la actitud idílica del callejón donde nos encontrábamos: En cuestión de décimas de segundo, aquel que parecía imperturbable se lanzó en rabioso frenesí contra su compañero, cuya expresión de burla se había hecho más intensa que nunca. La zarpa del atacante se dirigía directamente a matar la vida de aquellos ojos verdes; pero yo lo sabía, sabía que no lo alcanzaría, porque por mucha velocidad que llevara, podía verlo como lo que era, un millón de imágenes estáticas que, juntas al fin, formaban una simple acción. Y justo cuando la llegada de la imagen en la que verde y rojo se hacían uno parecía inminente, apareció el vacío. Un pitido sin sonido alguno, una mancha blanca. La escena se lapidó completamente de nieve. Y la nieve se deshizo al instante, dejando ver al fin el marco negro que trataba de ocultar, y lo que parecía el final no se volvió sino el principio.

Con una fuerte sacudida, levanté la tapa del ataúd en el que sabía que estaba encerrado, el que sabía que era de color blanco aunque la estancia estuviese privada de toda luz. La respuesta estaba ahí, y ya sentía los pasos del gato de ojos como furiosas chispas del inequívoco color que fluye por nuestras venas en el cual se había fusionado mi única compañía en el callejón solitario. Aunque ya no recordaba el callejón, sólo sabía que el gato de ojos rojos me perseguía como la conciencia al asesino primerizo. El gato de ojos rojos, ese que formaba parte de mí, de mi instinto animal, era el que ahora

estaba haciendo que el interior de mi cripta se llenara de niebla. Pude sentir sus uñas, clavándose en mi piel sin que mi cuerpo reaccionara al afilado tacto, empujándome a la niebla, llevándome de vuelta al ansiado fondo del ataúd. Y después, vacío.

Negro vacío, pues negro era el cielo nocturno por el que estaba cayendo, y negras se veían las aguas de la laguna donde finalmente aterricé, como negro era su fondo, y las plantas subacuáticas que en arrullo me llevaron a la arena imperceptible de la orilla igualmente envuelta en sombras. Y aún más negro era el gato que ante mí se paró, aunque las imágenes que pude entrever en su pelaje estaban cargadas de la luz que proyectaban sus ojos violetas. Allí vi el callejón, me vi a mí mismo, bajo un foco violeta; vi mi figura deformada, que desentonaba con la nitidez del callejón y todos sus elementos. Mi imagen iba desfigurándose más y más, y la visión se hacía cada vez más grotesca en las formas imposibles que adoptaba. Parpadeé y me vi esta vez con un valle a mis espaldas y una laguna que me observaba. Estaba mirando mi negro pelaje, veía en él imágenes cargadas de color que emanaban de mis ojos violetas.

Parpadeé otra vez y vi un ataúd blanco, con exquisitos ribetes dorados que se deformaban en afiladas puntas y cuyo interior yo intuía negro, pero cargado de luz, una luz verde proveniente del gato siamés que correteaba inquieto por el interminable acolchado interno de la oscuridad luminosa del ataúd.

Con el tercer parpadeo vi los ojos azules del tranquilo animal que había perturbado la paz del callejón añadiendo aún más tranquilidad al retrato que iluminaban las estropeadas farolas. Seguía allí parado, como una estatua viva en representación del paisaje que lo rodeaba.

Parpadeando por cuarta vez, el valle y la laguna se desvanecieron. Me encontraba ahora flotando en una densa niebla infinita iluminada por un millar de estrellas que eclipsaban el tenue brillo de la luna. Vi una mancha roja, que luego se convirtió en dos, y que finalmente se lanzaron a mis ojos.

Entonces sentí la verdad de mi naturaleza, cómo los colores y la ausencia de estos se mezclaban en un todo, un poder homogéneo, un disparo de fugaz estela directo a mi mente. Mi cadáver envuelto en una sábana negra reposaba en el igualmente negro fondo del blanco ataúd con exquisitos ribetes dorados que se deformaban en afiladas puntas; y yo lo miraba, me miraba, pero no veía nada, pues sabía perfectamente qué era lo que yacía allí, y sistemáticamente decidía ignorarlo. Allí descansaba pura naturaleza, un amasijo de reacciones químicas que funcionaban como un todo, aislado pero conjunto a la naturaleza universal. Me tumbé exactamente en la misma posición en la que ya descansaba, y sentí la tapa del ataúd cerrándose y a los cuatro gatos andando alrededor: uno lenta y elegantemente, otro a pasos cortos y rápidos,

varias veces adelantados por aquel que inundaba todo con sus ojos color sangre, y todos estos bañados por la sombra del desplazamiento incierto del incierto color negro del último, que lanzaba chispas violetas al cielo. Y como un todo, entonaron un alegre canto fúnebre inaudible, convertido finalmente en la cuenta atrás final, el principio y a la vez fin del universo cíclico, que mediante la expresividad del silencio sirvió de despedida de aquel mundo de ensueño en constante cambio que es la mente humana. La tapa del ataúd se abrió. Estaba en mi habitación, con la mirada clavada en la pared, se había hecho de noche y la oscuridad más absoluta me rodeaba.

Desperté.